LA BANCA EN LA FINANCIACION DEL DESARROLLO INDUSTRIAL

Luis A. Lerena, en el artículo que sigue, explora la situación de la Banca en la presente crisis industrial. La Banca ha sido propensa a comportamientos contrarios a su naturaleza. La inversión industrial, con su inmovilización a largo plazo de recursos obtenidos a corto y la creación de los euromercados sin sujeción preestablecida a los tradicionales criterios de prudencia bancaria son dos ejemplos característicos. La Banca ha tenido que hacer frente, por ello, a las crisis bancarias, secuela de las crisis económicas o industriales, y a la actual crisis de subsistencia de los euromercados.

¿Puede la Banca continuar impasible ese tipo de actuaciones? ¿Es la presente crisis económica el detonante que le obliga a una revisión de sus criterios tradicionales de actuación en el sector industrial, por ejemplo? La tesis del autor es que el momento del cambio ha llegado y que la duración y profundidad de la actual crisis hace arriesgado mantener los comportamientos tradicionales. Este cambio, sin embargo, ha de hacerse paulatinamente e inserto en una estrategia a largo plazo para no agravar más la difícil situación de muchos sectores industriales.

«Hoy, sin embargo, el principal problema no es la limitación del crédito bancario disponible, sino la escasa voluntad de pedir préstamos por parte de los prestatarios solventes» (Informe del Comité McMillan, 1931, página 191).

LA tesis que se mantiene en este documento (1) es que la financiación de la inversión industrial (toma de participaciones en el capital social o créditos a largo plazo) no ha

podido ni puede satisfacerse adecuadamente por las instituciones bancarias (con independencia del papel que la Banca haya jugado en el desarrollo industrial del pasado). La financiación industrial exige, en efecto, actuaciones contrarias a la más natural ortodoxia de las instituciones bancarias. Las reflexiones que aquí se hacen deben entenderse, por tanto, aplicables a aquellos sistemas financieros en los que la Banca ha funcionado rompiendo esa ortodoxia (lo que no implica juicio alguno sobre la eficacia de su actuación).

La naturaleza del proceso de intermediación bancaria hace, en efecto, especialmente arriesgada la transformación de los fondos recibidos a corto plazo en las colocaciones a largo plazo (capital y créditos a largo) que la financiación industrial requiere. Este riesgo se manifiesta espectacularmente en épocas de crisis económica, pero está presente en cualquier situación de la coyuntura económica. Recuérdense, como precedentes de la situación actual, la crisis del *Crédit Mobilier*, en Francia, en 1867, a consecuencia de la caída bursátil que le impidió realizar sus valores en el mercado. Con un alcance más general, la Banca italiana fue nacionalizada en la Gran Depresión por su intervención excesiva en la financiación industrial. La caída bursátil y la insolvencia de sus clientes industriales la llevaron a una situación cuya única salida fue la nacionalización. Las crisis bancarias de los años 30 en Alemania y Austria tuvieron el mismo origen.

Aclarar esa inadecuación permitiría a la Banca liberarse de las críticas relativas a su incapacidad de financiar el esfuerzo industrializador que ha sido una de las acusaciones más repetidas en los últimos años y que sirvió de pretexto, por ejemplo, para analizar la posible nacionalización de la Banca británica. Si, a pesar de las crisis, la banca reincide en sus riesgos, ello se debe a la falta de alternativas. El problema radica en potenciar otras instituciones financieras (públicas y privadas) más adecuadas a la naturaleza de las necesidades de la industria y ahí deben concentrarse los esfuerzos de las organizaciones industriales. Las propias empresas industriales podrían encontrar fór-

mulas de financiación mejores sin tener que someterse a las condiciones que la Banca se ve obligada a imponer (la acusación de que la Banca es cara) en ocasiones, para mantener las reglas a la que le obliga su funcionamiento normal.

Para la propia Banca hay otro aspecto de imagen y responsabilidad social que no es despreciable. La intervención bancaria en la financiación industrial conlleva la intervención en los órganos de dirección de las empresas industriales. Las acusaciones de poder económico y dominio sobre la industria a que da lugar esa intervención en la gestión empresarial han llegado a ser graves. Además, nada garantiza que las intervenciones en la gestión de las empresas por la Banca vayan a ser acertadas. Hay considerables probabilidades de que la introducción de criterios de gestión bancaria en la industria sea especialmente peligrosa.

Entendemos que la preocupación por estos temas está hoy plenamente justificada. En las dos décadas anteriores, la prosperidad, prácticamente ininterrumpida, volvió a estrechar las relaciones Banca industria. Con la depresión económica que ha seguido a la crisis del petróleo la Banca ha visto que la financiación concedida a los clientes más sólidos se convierte en problemática y se da cuenta de la necesidad de revisar sus relaciones con las empresas.

Lo que habría que sugerir es que el problema se plantee como el análisis definitivo del papel que debe corresponder a la Banca en la financiación industrial *dada su peculiar estructura entre los diversos intermediarios*

financieros y las reglas (actuales y futuras) que condicionan a su funcionamiento. Análisis recientes, como el informe del Comité Mayoux, en Francia, han iniciado este enfoque olvidando lo que *ha sido* la Banca en muchos sistemas financieros para centrar su papel en lo que *debe ser* con arreglo a un funcionamiento ortodoxo de un sistema financiero más complejo y evolucionado. La Banca no es ya el único intermediario financiero ni —a veces— el más importante. En épocas pasadas debió de suplir deficiencias de los sistemas económicos y asumir papeles contrarios a su naturaleza. En el futuro —y no sólo en un futuro de crisis— ha de limitar mucho más sus actuaciones a lo que podrían llamarse sus facultades naturales dentro del sistema financiero.

En lo que sigue, van a exponerse algunas consideraciones generales sobre las tendencias evolutivas de la Banca en los diversos sistemas financieros y su incidencia sobre la financiación industrial. A nuestro juicio, hay una tendencia hacia la *homogeneización* de los sistemas bancarios (que no sólo afecta a Europa) que se traduce en el predominio de la Banca universal (*all-purpose*). Por otra parte, es inevitable la continuidad del proceso de *multinacionalización* bancaria, aunque en un marco económico diferente. Homogeneización y multinacionalización tienen lugar en un clima de *incertidumbre económica* que ha obligado a una *intervención* más efectiva de la autoridad monetaria. Finalmente, aunque no sea más que para recoger acusaciones repetidas en exceso, se hará alguna referencia a los problemas de la *pequeña y mediana empresa y al desarrollo regional.*

LA TENDENCIA A LA HOMOGENEIDAD DE LOS SISTEMAS BANCARIOS. LA BANCA UNIVERSAL («ALL-PURPOSE»)

Resulta extremadamente difícil generalizar la posición que ha jugado y puede jugar la Banca en el desarrollo industrial, dadas las radicales diferencias en las legislaciones reguladoras nacionales y más en su comportamiento en la práctica. En líneas generales, puede decirse que hay sistemas bancarios donde la financiación específicamente industrial (y, especialmente la promoción industrial, toma de participaciones, conexiones financieras, etc.) se lleva a cabo por instituciones especializadas. El ejemplo característico sería Inglaterra, donde la tarea de promoción industrial por el sistema bancario queda asignada a los *merchant banks*. En la Europa continental ha sido, en cambio, más frecuente la inexistencia de instituciones especializadas, con un predominio —acentuado en los últimos años— de la figura del Banco universal, que asume la prestación de una amplia gama de servicios financieros y no financieros. El ejemplo extremo de este sistema sería Alemania, donde la tradición de la Banca universal está firmemente implantada con una participación muy importante en la industria (promoción y gestión) a través de participaciones en el capital de las sociedades.

Como prueba de la imperfección de ambos sistemas puede señalarse cómo, en los últimos meses, la penetración industrial de la Banca alemana ha sido objeto de acalorada discusión en los órganos profesionales de

la Banca alemana y ha dado lugar a enfrentamientos entre la Banca y las autoridades financieras que desean reducir el papel que juega la Banca alemana en la industria. En cambio, unos pocos años antes, el Parlamento británico nombraba una comisión investigadora (presidida por Harold Wilson) para dictaminar la oportunidad de la nacionalización bancaria basándose, fundamentalmente, en la pretendida inadecuación del sistema bancario inglés para cubrir las necesidades financieras de la industria británica. El informe final del Comité Wilson no parece que haya aceptado ni las propuestas nacionalizadoras ni las acusaciones que la provocaron (2).

En líneas generales, puede decirse que el resto del sistema continental europeo (en formas peculiares en cada país) tendió hacia un tipo de Banca mixta o universal, que participó en el desarrollo industrial en sus inicios y del que ha seguido siendo un soporte importante. (Así sucedió, por ejemplo, en Francia, Italia, Bélgica y España). No faltaron tendencias a la creación de instituciones bancarias especializadas (los Bancos industriales), además de otras instituciones financieras públicas y privadas para la financiación industrial, pero dentro del sistema bancario no se alcanzó nunca la clara nitidez y especialización que mantuvo el sistema británico. El caso de la Banca norteamericana es enteramente diferente y son muy pocos los casos que pueden citarse de asunción de responsabilidades directas en la promoción o gestión de las actividades industriales.

Hoy se dibuja con claridad una tendencia a consolidar la figura de Banco o institución financiera universal. El fenómeno

se ha acelerado por la integración económica europea y la consiguiente necesidad de armonizar los regímenes y sistemas bancarios. Se trata —según las declaraciones unánimes de los programas de reforma bancaria— de constituir instituciones financieras potencialmente capaces, en principio, de realizar todas las actividades financieras, aunque vocacionalmente cada una se especialice, después, en campos determinados. Esta tendencia hacia el modelo alemán o continental ha afectado, inevitablemente, al sistema financiero británico e incluso al norteamericano. El informe final de la Comisión sobre Estructura y Regulación Financiera, constituido por el Presidente Nixon, reconocía esta tendencia en los Estados Unidos y la apoyaba. Su recomendación final era que las instituciones de depósito deberían ser autorizadas a comprometerse en una gama más amplia de servicios financieros. Consideraba la concesión de las libertades operatorias como un primer paso en un proceso evolutivo que llevaría al final a la total supresión de la protección legal que resulta socialmente dañosa para tipos especiales de instituciones. El capítulo introductorio del informe concluía con el siguiente párrafo:

«El objetivo de la comisión, por tanto, es moverse con la rapidez que sea posible hacia la libertad de los mercados financieros y equipar a todas las instituciones con las facultades necesarias para competir en tales mercados. Una vez que estos servicios y facultades hayan sido autorizados y haya transcurrido un período de tiempo conveniente para su implantación, cada institución será libre para determinar su propio curso de acción.

El público se encontrará mejor servido por tal competencia. Los mercados trabajarán más eficientemente en la situación de fondos y los ahorros totales crecerán en la medida necesaria para satisfacer las exigencias públicas y privadas».

¿Cuál puede ser la incidencia final de esta evolución hacia instituciones universales o «conglomerados» financieros masivos? En general, parece que la tendencia a la institución universal puede traducirse en una clarificación de las responsabilidades financieras que, de acuerdo con su naturaleza, corresponden a la Banca en la financiación industrial, lo que significaría una menor intervención bancaria en la financiación directa a la industria. A ello contribuirá, además, la propia evolución de la situación económica mundial.

La competencia entre instituciones financieras provocada por la homogeneización de las mismas y su tendencia a la universalidad presenta una asimetría característica. La homogeneidad y universalidad tienden a ser casi totales en el lado del pasivo de las instituciones financieras. En efecto, la intensificación de la competencia se plantea, principalmente, del lado de la captación de pasivo. El enriquecimiento de los mercados financieros provocado por la aparición de nuevas instituciones ha reducido la importancia relativa de la Banca en la captación de pasivo, ya que todas las instituciones financieras compiten duramente para atraer —con ofertas de activos financieros muy similares— el ahorro del público. La competencia entre instituciones financieras se ha materializado en actuaciones homogéneas sobre un mismo colectivo

CUADRO N.º 1

COMPOSICION DE LOS GRUPOS BANCARIOS INGLESES

(Recursos en millones de libras)

Grupo	Barclays 19.320	Lloyds 11.788	Midland 11.843	National Westminster 17.070	Williams & Glyn's 1.721
Banca Doméstica (de depósitos)	Barclays Bank 8.547	Lloyds Bank 5.410 Lewis's Bank 21	Midland Bank 9.068 Clydesdale Bank 899 Northern Bank 722	National Westminster Bank 9.886 Coutts & Co 365 Ulster Bank 614 Isle of Man Bank 79	Williams & Glyn's Bank 1.584
Internacional	Barclays Bank International 10.129	Lloyds Bank International 4.329 Lloyds Bank California 863 National Bank of New Zealand 497	(Vid. notas)	International Westminster Bank 4.652 Randelsbank NW 261 Global Bank 146	(Vid. notas)
Banca Industrial y de Empresas	Barclays Merchant Bank 813	Lloyds Associated Banking Company 1.507	Samuel Montagu 980	County Bank 495 Coutts Finance 387	Williams, Glyn & Co. 22

(economías domésticas, sobre todo) con el fin de captar su ahorro. Las fórmulas que ofrecen todas las instituciones son muy similares.

En contraste, la Banca y el resto de las instituciones financieras aceptan gustosamente la especialización en sus operaciones activas y el estímulo a la diferenciación en la colocación de los recursos captados. A la Banca le preocupó escasamente, en principio, verse sustituida por instituciones especiales en campos como la financiación de viviendas (que exige largas inmovilizaciones de capital). Sólo

en la medida en que el abandono de estos servicios producía la pérdida de clientela suministradora de pasivo, el hecho se contemplaba con inquietud por la Banca. Algo similar podría decirse de la financiación industrial. Hay, sin duda, una buena disposición para tratar de captar depósitos del público y de las sociedades industriales, pero esta disposición es menor si esta captación exige como contraprestación una financiación específica de la inversión industrial, con toda la problemática normal de plazo y condiciones especiales que la acompañan y que se

agrava hoy por la situación de crisis económica.

Y en esa especialización de las operaciones de activo, dadas las presentes dificultades, el sistema bancario puede optar por una mayor atención al mercado de las economías domésticas (operaciones de masa) frente al mercado de la empresa y especialmente el de la empresa industrial (y hay, en este sentido, decisiones espectaculares como la del Citibank americano). De hecho, financiando al consumidor se financian las ventas de las empresas, pero la Banca prefiere, como cliente, al

CUADRO N.º 1 (continuación)

COMPOSICION DE LOS GRUPOS BANCARIOS INGLESSES
(Recursos en millones de libras)

Grupo	Barclays 19.320	Lloyds 11.788	Midland 11.843	National Westminster 17.070	Williams & Glyn's 1.721
Financieras Diversas	Mercantile Credit 371 Barclays Mercantile Industrial Finance Barclays Export & Finance Company 144 Barclays Factoring	Lloyds Leasing 122 Lloyds Associated Air Leasing 11	Forward Trust 250 Midland Montagu Leasing 84 Griffin Factors	Lombard North Central 1.080 Credit Factoring International	St Margaret's Trust 24 Williams & Glyn's Leasing 18
Otros	Barclays Bank Trust Company Barclays Insurance Services Barclays Insurance Brokers International	Lloyds Bank Unit Trust Managers Exporters Reinance Corporation Bachive Life Assurance Company	Midland Bank Trust Company Midland Bank Insurance Services Bland Payne Thomas Cook Group London American Finance Corporation	National Westminster Unit Trust Managers National Westminster Insurance Services Centre-File	Williams & Glyn's Trust Company Williams & Glyn's Insurance Consultants

Notas: Las cifras que siguen a cada entidad representan el volumen de depósitos y/o recursos propios (según los casos) en millones de libras.

El total de recursos de cada grupo no coincide con la suma de los parciales por los ajustes de consolidación.

Los grupos Midland y Williams & Glyn's tienen integrada su división internacional en la actividad doméstica.

Fuente: Evidencia presentada al Comité Wilson por los Clearing Banks.

consumidor. Otras actividades productivas, como agricultura y servicios, pueden tener menos problemas de financiación porque ofrecen mejores perspectivas de diversificación de riesgos y se han visto menos afectadas por la crisis económica. No cabe duda que los sistemas bancarios con tradición de inversión industrial van a sentir esta tentación de cambio de naturaleza ante el deseo de evitar la repetición de los problemas que le plantean unas inversiones industriales de imposible realización o recobro en la actualidad. En el mejor de los casos no sería

extraño contemplar una congelación del nivel actual de riesgo comprometido en la industria. Ello podría hacerse dentro de una Banca universal —y en el campo de la Banca doméstica— separando y seleccionando los servicios financieros a prestar a la industria para que sean desempeñados por instituciones especializadas que forman parte de la organización de la Banca universal y cuya actuación puede resultar más acorde con la ortodoxia financiera que la intervención de la tradicional Banca de depósitos. Existirían, pues, instituciones dentro de la Banca

universal dedicadas a campos de actividad financiera industrial, pero con una importancia relativa constante en el mejor de los casos, dentro del conjunto de operaciones financieras de la Banca e inspiradas por criterios de extremada prudencia y con una gestión diferenciada (muy centralizada) mientras las circunstancias de la industria no experimenten una mejoría radical. No hay que olvidar tampoco que una creciente atención a la Banca al por menor (*retail banking*) exige una transformación radical de los procedimientos de gestión para superar el

problema de los elevados costos de este campo de la actividad bancaria.

Quizá un buen ejemplo de esta evolución lo ofrece la estructura que presentan los cinco grandes grupos bancarios ingleses en la actualidad. Tal estructura se presenta en el cuadro n.º 1. Como puede apreciarse, la importancia relativa de las entidades especializadas en la financiación industrial es muy pequeña respecto del negocio total. Aunque las ramas internacionales de estos Bancos participen intensamente en los euromercados, el grueso de su negocio exterior viene dado por su actuación como Bancos domésticos en las antiguas colonias inglesas (sobre todo en el caso Barclays y Lloyds), por lo que las importantes cifras de las unidades o divisiones internacionales no alteran la afirmación inicial.

LA MULTINACIONALIZACION DEL SISTEMA BANCARIO

La gran aportación de la Banca al sistema financiero internacional ha sido, sin duda, la creación y desarrollo del mercado de eurodivisas. Desde que inició su funcionamiento, a principios de los años 50, hasta hoy, su crecimiento ha sido espectacular y, paralelamente, se ha movido su papel en la financiación de países, programas y proyectos públicos y privados. Después de los grandes desequilibrios de balanza de pagos, provocados por las primeras elevaciones de los precios del petróleo en 1973, el mercado amenaza con hacerse incontrolable. Su

dimensión actual parece superior al billón de dólares. El manejo de esta impresionante cantidad plantea, sin duda, la necesidad de una reflexión antes de proseguir en la línea de crecimiento que se adivina como posible en los próximos años.

Por encima de toda otra consideración es evidente que las instituciones financieras y sobre todo la Banca, han mostrado una especial eficacia para adaptarse al proceso de transnacionalización de la economía hasta el punto que puede dudarse de si la transnacionalización de la economía real no ha sido el efecto —y no la causa— de la transnacionalización financiera. En líneas generales, la actividad del sistema financiero ha resultado en una intermediación eficaz que ha permitido la asignación de recursos bajo unas reglas que son mucho más ajustadas a los principios de economía de mercado que las que imperan en los mercados financieros nacionales. Por ello, el principal problema del mercado de eurodivisas radica precisamente en su falta de sujeción a los controles, tan frecuentes en el mundo monetario y que están casi totalmente ausentes de este mecanismo internacional.

El reciclaje ha permitido, así, en primer lugar, la financiación de los frecuentes y abundantes déficits de balanza de pagos que se presentaban en países desarrollados y en países subdesarrollados. Se ha podido, asimismo, mantener la confianza en determinados países a los que el mecanismo de los euromercados ha facilitado financiación en situaciones difíciles, permitiéndoles restaurar el nivel de confianza de la comunidad internacional en ellos. En buena medida cabe hablar de que se ha mantenido

un sistema de pagos internacionales paralelo y complementario, gracias a la existencia del mercado de eurodivisas. Finalmente, proyectos de inversión pública y privada y, en especial, proyectos de inversión industrial, han recibido financiación —cuando las instituciones financieras nacionales no la ofrecían o la ofrecían en condiciones difíciles o insuficientes— a través de este mercado. La cuantía de la inversión industrial financiada en el mercado de eurodólares es difícil de precisar, pero sin duda ocupa una proporción sustancial de las inversiones realizadas por medio de la financiación obtenida del mismo. Los euromercados han permitido, además, unir la Banca europea a la japonesa y norteamericana en la tarea de financiar la actividad industrial y, especialmente, la desarrollada por las compañías multinacionales.

Pese a su cuantía y pese a los riesgos del proceso de transformación inherente al mercado de eurodólares, no puede decirse que el precio pagado por las instituciones financieras y bancarias haya sido, hasta el momento, excesivo. En efecto, los escasos fracasos que se han registrado en el sistema, han sido hasta ahora fenómenos aislados y enteramente controlables, que no han producido ningún problema de falta de confianza en el sistema. No cabe duda, sin embargo, del enorme incremento potencial del riesgo bancario que ha supuesto el funcionamiento de este mecanismo.

Las perspectivas de evolución del mercado de eurodivisas en la próxima década son menos optimistas. El nivel de endeudamiento y riesgo asumido por las instituciones financieras ha al-

canzado ya un volumen muy importante y la Banca no parece estar en condiciones de seguir asumiendo compromisos adicionales, sobre todo, si se tiene en cuenta la magnitud de los superávits y déficits de balanza de pagos esperados en la próxima década. La continuación del crecimiento del mercado de eurodivisas aparece hoy bastante problemática y más bien lo que se observa es un movimiento de repliegue de las grandes instituciones bancarias que durante los años pasados han hecho de su actividad internacional una parte sustancial de su negocio. La entrada de nuevos Bancos no es solución. Este proceso de sustitución tiene que revestir forzosamente un ritmo muy lento, puesto que no son muchos los Bancos que puedan entrar con vigor en esta operatoria y no parece que sean capaces de compensar los abandonos de las grandes instituciones bancarias. Al menos en las condiciones en las que se ha funcionado hasta ahora, no parece probable que este mercado pueda ampliarse sustancialmente en el futuro. A los países fallidos o con riesgo alto se ha venido a unir la elevación de los tipos de interés y la volatilidad de los tipos de cambio. De aquí la necesidad de búsqueda de nuevas formas de financiación que implican la sustitución de la Banca y que pueden ir desde la inversión directa de los países con superávit (en activos industriales, desde luego, en gran parte) hasta la participación en el proceso de reciclaje de organismos supranacionales como el FMI o el Banco Mundial o de organizaciones específicas de la OPEP, como el Fondo Monetario Árabe, o el Fondo Especial de la OPEP. En definitiva, no puede prolongarse

una situación en la que sólo una de las partes —la Banca como intermediario participante— asume el riesgo de las colocaciones.

A las consideraciones anteriores hay que añadir todavía otras adicionales. Nos referimos a la aceptación general por los Bancos centrales de la necesidad de una mayor intervención de las autoridades monetarias en ciertos aspectos del funcionamiento bancario internacional. Los Bancos centrales desean una mayor atención y vigilancia sobre las actividades de préstamos internacionales, adecuación del capital y concentración del riesgo. Si este espíritu prospera, el mercado habrá ganado sanidad a costa de una pérdida de agilidad operatoria y de un práctico cierre del mismo para muchos países.

EL INTERVENCIONISMO DE LAS AUTORIDADES MONETARIAS

A la vez que el riesgo internacional se incrementaba, los Bancos tenían que hacer frente en sus países respectivos al crecimiento del riesgo en su actividad operatoria nacional. Para muchos sistemas bancarios, el crecimiento de riesgo doméstico se deriva principalmente de los efectos de la crisis en la industria, lo que obliga a una revisión de las políticas tradicionales de inversión en los Bancos. Por otra parte, la inflación supone para la propia Banca un aumento constante de costos que se ocultaba provisionalmente tras los elevados tipos de interés de las operaciones activas. Pero el incremento del riesgo nacional se aceleraba y el deterioro de la sanidad de los activos

bancarios (como consecuencia de la crisis de la actividad económica y de la inflación) iba haciéndose sensible progresivamente.

Es preciso añadir, también, que la estructura financiera de la empresa industrial ha tendido a descansar más en el crédito bancario durante el transcurso de la crisis, como compensación de la caída en las tasas de autofinanciación y las dificultades de acceso a otras instituciones y, especialmente, a los mercados bursátiles. Así, en las alegaciones ante el Comité Wilson, se ha calculado que la relación deuda bancaria/deuda total de las empresas industriales y comerciales ha pasado del 31,6 por 100 en 1960 al 72,6 por 100 en 1976. Además, la cartera de créditos a medio plazo de la Banca ha crecido espectacularmente. La Banca inglesa, que hace 20 años casi no concedía créditos a medio plazo, tiene hoy un volumen que supone el 40 por 100 de sus concesiones de crédito (3). En Holanda el porcentaje era del 25 por 100 en 1976 y alcanza el 40 por 100 en 1977. Como resultado de todo ello, la estructura financiera a la que se ha llegado está, en muchos casos, enteramente distorsionada y no responde a los más elementales principios de ortodoxia financiera aplicables a las empresas y a la Banca.

Esas circunstancias han obligado a las autoridades monetarias a reforzar sus reglas de control y vigilancia para asegurar el cumplimiento de una inexcusable sanidad en los activos bancarios. Hay un acuerdo unánime en las declaraciones de las autoridades monetarias sobre el hecho de que tal intervención no significa romper con el principio, consagrado desde

mediados de los sesenta, del refuerzo de la competencia entre instituciones y de una mayor liberalización y flexibilidad del sistema financiero.

A pesar de tales propósitos, estas reglas se van a traducir en un mayor control de la inversión bancaria y una indudable pérdida de libertad que —sin duda— puede ser conveniente en aras de una mayor sanidad bancaria y, por ello, del mantenimiento de la indispensable confianza en el sistema bancario. Un casi inevitable destinatario de estas reglas puede ser el renglón de las inversiones industriales y, en general, toda inversión a largo plazo, puesto que, en principio, las colocaciones a largo plazo y, especialmente aquellas realizadas en sectores industriales afectados por la crisis, son las más problemáticas desde el punto de vista de deterioro de la sanidad de los activos bancarios y, por otra parte, las que presentan un riesgo aparentemente más fácil de controlar y prevenir. Es, pues, una tentación adoptar la solución fácil de prohibir o reducir las posibilidades de inversión industrial de las instituciones bancarias. Lo que, en definitiva, puede significar dificultades adicionales de financiación para el sector industrial. Resulta impensable, hoy, por ejemplo, que se suavicen las limitaciones vigentes a la inversión en un solo cliente y ello dificulta (a pesar de la solución de los consorcios bancarios) la financiación de grandes proyectos industriales, cualquiera que sea la voluntad de la Banca.

Como es lógico, los problemas de sanidad del activo y deterioro de su calidad afectan especialmente al sistema bancario de aquellos países en los que la Banca ha jugado un pa-

pel activo en la promoción del desarrollo industrial. Aún más, la crisis internacional ha afectado más directamente a sectores en los que clásicamente ha estado implantada la actividad bancaria. En repetidas ocasiones la Banca ha sido acusada —no sin razón— de apoyar exclusivamente a unos pocos sectores clásicos: siderurgia, energía eléctrica, equipo mecánico, industria química, textil, etc., nacidos, principalmente, en la Segunda Revolución Industrial. El conservadurismo de la política industrial de muchos grupos bancarios se ha intentado probar señalando su presencia mantenida invariable en estos sectores (que quizá en unos años puedan considerarse «climatéricos») y la espectacular ausencia en los órganos de decisión bancaria de expertos con conocimiento en ramas tecnológicas de punta, lo que implicaba también su falta de inversión en tales sectores.

No es de extrañar, por tanto, que la Banca se encuentre ante una situación problemática en lo que respecta a la financiación industrial, ya que se encuentra largamente comprometida con estos sectores clásicos —los más afectados por la crisis— y por tanto ha de plantearse la viabilidad del suministro de financiación adicional a los mismos cuando su supervivencia es problemática. Por otra parte, tampoco se encuentra inmediatamente preparada para interesarse en los nuevos sectores, puesto que su organización no dispone, en general, de un adecuado análisis y conocimiento de cuáles son los nuevos sectores en los que podría entrar y cuáles son sus perspectivas. Finalmente, la crisis le obliga a reconsiderar, incluso, su presen-

cia en la industria. La respuesta prudente y clásica a este tipo de situación tan conflictiva, puede ser la paralización o ralentización de la actividad inversora en la industria, tanto en lo que se refiere a los sectores clásicos como a los nuevos. La respuesta no puede considerarse exenta de razón cuando se consideran las oportunidades y menores riesgos de otros segmentos del mercado (economías domésticas, por ejemplo) y las reticencias de las autoridades monetarias a la inversión industrial, además de la citada evidencia de la inadecuación de la financiación bancaria para la financiación ortodoxa del desarrollo industrial.

ALGUNOS PROBLEMAS ESPECIFICOS: DESARROLLO REGIONAL Y PEQUEÑA Y MEDIANA EMPRESA

Obviamente el problema del desarrollo regional no es un problema cuya resolución corresponda a la Banca. Es más, su aportación potencial al esfuerzo de desarrollo regional es bastante limitada. Sin embargo, existe en estos momentos una preocupación por el tema (que tiene un carácter mucho más organizativo que funcional) respecto del problema de la adaptación regional de la Banca. En este sentido, es significativo el impacto del ya citado Informe Mayoux, una de cuyas principales preocupaciones y objetivos es justamente el tratamiento del problema de la regionalización bancaria, en el sentido de búsqueda de una organización cuyas reglas de funcionamiento le permitan conocer y adaptarse a las

necesidades y a las políticas regionales y evitar que las decisiones financieras regionales se tomen en organismos centralizados y sin vivencia de la problemática económica concreta. Que el problema haya surgido en Francia se explica, primero por el carácter centralizado de la organización política y administrativa francesa que, inevitablemente, se traduce en una centralización económica y financiera en el sector privado, recogiendo magnificada una tendencia general a todo sistema financiero de concentrar las decisiones en los grandes (o el gran) centros financieros nacionales (París) o internacionales. Por otra parte, y paradójicamente, el sistema financiero francés ha contemplado el fenómeno de consolidación de una institución nacida en las regiones con una organización descentralizada y casi confederal (el *Crédit Agricole Mutuel*) que se ha convertido en uno de los cinco primeros Bancos mundiales. El análisis de las ventajas e inconvenientes de un sistema centralizado (la gran Banca francesa nacionalizada) frente al fenómeno de las fórmulas de instituciones descentralizadas aparecía así como un natural objeto de reflexión frente al futuro.

La experiencia francesa permite subrayar el hecho de que la centralización bancaria no es sino un reflejo de la centralización económica. Si las unidades bancarias no están regionalizadas o no presentan una organización adecuada a nivel regional se debe a que la clientela bancaria industrial no exige la adaptación regional de la Banca porque la propia organización de esa clientela presenta centros de decisiones alejados de las regiones donde la operatoria pro-

ductiva tiene lugar. La situación es diferente en el campo de las economías domésticas en el que se mueve el «*Crédit Agricole*».

En el tema sustantivo del desarrollo regional, y por las razones generales apuntadas al tratar el problema de la adecuación de la financiación bancaria para la industria, habría también que concluir que, aparte de estos esfuerzos organizativos, el sistema bancario no puede jugar un papel decisivo en el estímulo del desarrollo regional. Compete a las organizaciones públicas y privadas regionales y a las instituciones financieras de ámbito regional una actuación más directa sobre el desarrollo regional. La Banca, evidentemente, puede prestar su apoyo a las iniciativas que surjan, pero no es ella, probablemente, la que debe adoptar las iniciativas o financiar proyectos sin viabilidad económica. La creación y participación bancaria en las sociedades de desarrollo regional constituye una fórmula de participación y cooperación entre Banca, sector público y otras instituciones financieras, de ámbito regional y con finalidades u organización diferente de la bancaria que puede mostrarse efectiva como fórmula de cooperación al desarrollo regional por parte de la Banca en el futuro. La pretensión de equilibrar regionalmente los flujos de fondos captados e invertidos por la Banca ha de hacerse creando las condiciones objetivas que faciliten la inversión bancaria (si el desequilibrio es por defecto de inversión) en un sistema de economía de mercado que respete, por tanto, la libertad de movimiento de capitales.

En cuanto al tema de la pequeña y mediana empresa, existe hoy una tendencia a elogiar

las ventajas de la misma en la presente situación de crisis considerando su porvenir como brillante en la futura estructura industrial de las economías nacionales. En verdad, es muy posible que esta afirmación tenga una base real, pero exige todavía numerosos estudios para aclarar si efectivamente se está produciendo una ruptura tecnológica que permita prescindir o reducir las economías de escala y asegure la viabilidad de pequeñas y medianas empresas con su pretendida mayor capacidad de innovación y de creación de puestos de trabajo. Se trata, en definitiva, de basar los argumentos en favor de la pequeña y mediana industria en algo más que en razones que pueden calificarse de ecológicas o en éxitos menos problemáticos que los de la llamada «economía subterránea» (economía *sommersa*) italiana, que sólo son posibles en circunstancias críticas.

Por otra parte, otro juicio generalizado sostiene que la Banca —además de su inadecuación a las necesidades financieras de la empresa industrial— ha dejado especialmente desatendidas las pequeñas y medianas empresas. La Banca (y especialmente la gran Banca) ha concentrado su esfuerzo, como antes hemos dicho, en los sectores tradicionales en los que se exigía tecnológicamente una gran dimensión y, por lo tanto, un volumen considerable de esfuerzo financiero. Esta concentración en la gran empresa ha hecho que la pequeña y mediana empresa apareciera como especialmente marginada dentro del sistema bancario. Conviene recordar, sin embargo, que tal marginación puede referirse a todo o gran parte del sistema financiero, puesto que la inca-

pacidad de acudir a otras instituciones (como, por ejemplo, el mercado de valores) de las pequeñas y medianas empresas es una dificultad importante y casi insuperable para las mismas. La dimensión y la organización simplista y menos sujeta a control y fiscalización de este tipo de empresas es una desventaja considerable frente a las reglas en que se basa el funcionamiento del sistema financiero.

En la actual situación de crisis industrial, y especialmente de crisis de la gran industria y de los sectores «climatéricos», hay una inevitable tendencia al acercamiento bancario a la pequeña y mediana empresa que permite diversificar riesgos, frente a la imposibilidad de hacerlo en la gran empresa. En esta situación, la Banca debe hacerse algunas reflexiones. En primer lugar, debe aclararse lo que antes se indicaba, es decir, si la extensión de nuevas tecnologías va a permitir efectivamente el florecimiento de empresas de dimensión media o pequeña, adivinar en qué sectores tales empresas son viables y, con esos criterios, ser selectivos en la inversión. No puede, pues, aceptarse la financiación de la pequeña y mediana empresa por el simple hecho de su dimensión y facilidad de diversificar riesgos, sino por su viabilidad y adecuación a la evolución de la tecnología de una nueva Revolución Industrial.

En todo caso, es preciso repetir también que parte de los problemas de las relaciones financieras entre Banca y pequeña y mediana empresa aparecen complicados por las características de estas últimas. En efecto, frente a la información detallada y precisa que la gran empresa ofrece por sus sistemas

organizativos y por sus procedimientos contables, la pequeña y mediana empresa presenta una organización menos adecuada para reflejar con claridad y sencillez la situación de la misma y analizar con criterios bancarios la viabilidad de una ayuda financiera. Esta situación es especialmente preocupante cuando se busca que los criterios para la concesión de financiación no descansen en la existencia de garantías reales, sino en estudios de viabilidad de la empresa y en el conocimiento de su situación financiera. En el futuro, por tanto, debiera hacerse un esfuerzo considerable, por parte de las empresas, para evitar estas situaciones de indefinición o indeterminación que impiden la aplicación de fórmulas de financiación no sujetas a la posesión de garantías reales cuya realización cada día se presenta más difícil y menos prometedor para la Banca.

Otro esfuerzo importante que ha sido emprendido por las pequeñas y medianas empresas con la asistencia del sector público o de instituciones financieras, es la creación de asociaciones de garantía recíproca que ofrece a la Banca fórmulas de participación financiera superadoras de las dificultades a las que antes nos hemos referido. En todo caso, la iniciativa de creación de estas sociedades corresponde de modo exclusivo a las pequeñas y medianas empresas, pero no hay duda de que la Banca puede recoger hoy esta modalidad con interés. Estas fórmulas son uno de los instrumentos más prometedores que la empresa de dimensión media puede ofrecer a la Banca como fórmula de participación financiera superadora del desconocimiento del riesgo individual.

CONCLUSIONES

1. La actual crisis económica confirma otra vez la inadecuación de la Banca para financiar la inversión industrial. La más elemental ortodoxia de la práctica bancaria es evidentemente violada con la inmovilización en activos de realización difícil o a largo plazo. La Banca mixta es, así, un monstruo inviable, aunque haya podido superar graves crisis económicas. La gran dimensión alcanzada por muchos Bancos mixtos les ha permitido resistir las crisis. Sin embargo, la Banca debe recordar su historia desde que inició su participación en la industria. Tanto en la crisis de 1873 a 1896, como en la Gran Depresión de los años 30, las crisis bancarias que se produjeron mostraron claramente la inadecuación y los peligros de las relaciones Banca-industria. El caso italiano al que nos hemos referido es un caso claro pero, en general, toda la Banca europea tuvo que superar situaciones difíciles agudizadas por la crisis industrial y, por ello, de carácter diferente al de la crisis bancaria norteamericana. La actual situación y las medidas que las autoridades monetarias se han visto obligadas a adoptar al objeto de preservar la sanidad de los activos bancarios, constituye una prueba más y quizá decisiva de esta inadecuación. Si a finales del siglo XIX no había posibilidades de sustituir a la Banca en este papel, hoy existen (4). Desde luego, no parece posible contar, en el futuro ni con que la Banca mixta de estilo continental desempeñe el papel que jugó en el pasado desarrollo industrial, ni con que la Banca de depósitos inglesa o norteamericana se

transforme en una Banca de tipo continental o mixta.

2. La Banca europea vinculada a la industria se encuentra fuertemente comprometida en los sectores que constituyeron el motor de la Segunda Revolución Industrial. En países como Alemania, la creación de Bancos implicados en la industria tiene lugar entre 1850 y 1860, lo que les coloca en una situación afortunada para entrar en la oleada inversora que se inicia en 1870. En general, un fenómeno parecido sucede en el continente europeo. La intervención de la Banca industrial en Inglaterra comienza después de 1860. Ello explica la fuerte introducción de la Banca en aquellos sectores industriales que fueron el motor de la Segunda Revolución Industrial.

3. La crisis de estos sectores coloca a la Banca en una situación en la que ha de definir forzosamente su actitud respecto de los mismos. Es una inversión realizada y se necesita una decisión respecto a las posibilidades de permanencia o abandono en esos campos industriales con las acciones precisas para hacerlas rentables, en el caso de optar por la permanencia. Probablemente este tipo de decisión no es nuevo para la Banca, puesto que en la Segunda Revolución Industrial debió de darse, en alguna medida, una necesidad similar de abandono de sectores inviables. El problema que se plantea hoy es la urgencia de este tipo de decisiones. Como hemos dicho, el cambio tecnológico de finales del siglo XIX ocupó casi 30 años. La economía de los países entonces industrializados se mantuvo ciertamente en crisis durante todo este período, especialmente entre 1873 y 1896. Los

problemas de la crisis actual exigen una solución más rápida y su evolución no permite esperas tan largas.

4. Todo lo anterior se traducirá en un repliegue de la Banca hacia una posición más acorde con su papel de intermediario financiero y en el que se preste una atención mayor al problema de la transformación. El crecimiento de los riesgos implica la necesidad de una cuidadosa política de equilibrio entre el plazo de disponibilidad de sus recursos, que se reciben, en su mayor parte, del público y el de colocación de los mismos. Hasta ahora, los grandes Bancos, al menos, habían salvado las dificultades del proceso de transformación en épocas de crisis merced a su dimensión. Pero la prolongación de la crisis, con un aumento considerable de incumplimientos de las obligaciones con la Banca, supone un agravamiento de la situación y un riesgo de crisis bancaria. No resulta extraño, por ello, que la Banca, por decisión propia y por imposiciones de la autoridad monetaria, se concentre en el futuro más en su papel de intermediario financiero y Banca de depósitos que en la financiación industrial.

5. Las consideraciones hechas hasta aquí se refieren a la participación directa en las empresas (capital de riesgo) o la concesión de financiación a largo plazo para realizar inversiones por parte de la Banca. Es obvio que la financiación del proceso productivo o comercial (crédito de capital circulante, descuento, operaciones de comercio exterior, crédito al consumo, etc.) no se ve afectado en la misma medida por el repliegue de la Banca a terrenos de mayor ortodoxia. Es más, dentro de la

Banca universal se aprecia la constante innovación en los servicios financieros y de asesoramiento que se ofrecen a las empresas industriales por instituciones financieras especializadas que forman parte del Banco universal. La permanencia en estas actividades sigue obligando a la Banca a un conocimiento de la viabilidad de las empresas a las que presta cualquier tipo de servicios y, por ello, ha de dedicar una atención especial a los nuevos sectores industriales que la innovación tecnológica está configurando como motores de la futura estructura industrial, así como a la adecuación de los mismos a los países en los que actúa, según la nueva especialización productiva internacional que se está configurando.

NOTAS

(1) Este documento expresa exclusivamente el punto de vista personal del autor. Constituye una versión ampliada y modificada en varios puntos de la ponencia presentada en el Simposio sobre la Industria en los Ochenta, organizado por el Ministerio de Industria español y la OCDE.

(2) El Informe del Comité Wilson se presentó después de escritas estas líneas. Exactamente el 25 de junio de 1980. No obstante, tuve ocasión de conocer de boca del propio Sir Harold algunas de las recomendaciones de su informe en julio de 1979 en Cambridge. He añadido algunas notas adicionales a lo largo del texto sobre la redacción final del Informe citado.

(3) En este sentido, el Comité Wilson ha propuesto que se establezca un mecanismo de redescuento que permita la disponibilidad inmediata por la banca de los créditos concedidos a medio plazo.

(4) Otra vez, el ejemplo del informe Wilson puede ilustrar esta afirmación. El Comité se ha dividido a la hora de proponer soluciones a este problema. Un grupo de miembros del Comité no es partidario de reformar el sistema financiero. Sir Harold y los miembros de las Trade Unions proponen la creación de un fondo de 2.000 millones de libras procedentes, a partes iguales, del sector público y de las instituciones financieras privadas financiadoras a largo plazo. Un tercer grupo propone crear una institución de inversión industrial con menos recursos. En todo caso, ninguna de las tres propuestas plantea la intervención de los «clearing banks» en la solución del problema.